

Formas sin límites



Una exposición en el Museo de Bellas Artes revisa el surgimiento y desarrollo en Chile de la escultura contemporánea, a través de obras que dan cuenta de la integración a esa disciplina de nuevos materiales, temáticas y formatos.

Jazmin Lolas E.
Mensaje

⊗ Desplegada en la Sala Matta del Museo de Bellas Artes, la exposición «Formas políticas» invita al espectador a recorrer cuatro décadas de desarrollo de la escultura en Chile y, sobre todo, a conocer cómo y con qué motivaciones esa disciplina traspasó fronteras para dar cabida a temáticas, técnicas y materiales nuevos y diversos.

La muestra revisa la escultura contemporánea a través de una serie de obras realizadas entre 1965 y 2005. Se trata de una selección que da cuenta de un hecho fundamental para comprender la producción del período: la creciente vinculación de ese arte con su entorno político, social y cotidiano, un proceso que impulsó su renovación y amplió sus alcances.

Ese antecedente explica la presencia en la sala de trabajos disímiles, en los que bien pueden encontrarse objetos de uso rutinario, cabellos, fotografías, dispositivos de iluminación o volúmenes que reproducen prendas de vestuario. La variedad es coherente con la idea de experimentación que llevó a «romper con los parámetros de la modernidad en la escultura, que en Chile representaron artistas como Lily Garafulic, Marta Colvin y Samuel Román», dice Mauricio Bravo, parte del equipo responsable de la curaduría del montaje, también integrado por Paula Honorato y Luis Montes.

Reivindicar la identidad

El curador comenta que los exponentes modernistas integraron a su obra una noción americanista, con el propósito de generar un imaginario que pusiera distancia con el imperialismo y reivindicara la identidad regional o local. Los autores que se inscriben dentro de la contemporaneidad,

en cambio, abordaron la realidad circundante de modo que el factor político/coyuntural se volvió más literal, evidente y decidido.

La exhibición ha sido estructurada en torno a tres subperíodos que muestran esa transformación y la manera en que la escultura contemporánea ha recogido los cambios de la sociedad chilena.

El primero abarca entre 1965 y 1973, y está marcado por el triunfo de la Unidad Popular y la relación que los artistas establecieron con ese proyecto. «Se produjo una síntesis entre escultura experimental y compromiso político, y se extendió a nuevos materiales y procedimientos alusivos a la cotidianidad y la contingencia», sostienen los curadores en uno de los textos de la muestra.

«Los artistas exploraron más allá de los límites de la disciplina y crearon relaciones con la comunidad», precisa Bravo sobre este momento, en el que los escultores se vincularon con la performance y la instalación.

Félix Maruenda, Valentina Cruz, Juan Pablo Langlois y Francisco Brugnoli, entre otros, pertenecen a esta etapa y están representados en la selección con obras como «Cuerpos blandos» (Langlois), una intervención que ocupó el Bellas Artes en 1969 con una larga manga elaborada con bolsas de polietileno rellenas con papel; y «El salvador» (Brugnoli), pieza de 1970 que consta de un overol esmaltado sobre una plancha de zinc y que alude a mineros acribillados por policías y militares en 1966, durante movilizaciones en la mina El Salvador.

¹ *Escape al paraíso* (2004), Patrick Hamilton.

² *Silla*, Francisca Núñez, sin fecha.



La muestra revisa la escultura contemporánea a través de una serie de obras realizadas entre 1965 y 2005.

Dos etapas desde 1973

El siguiente periodo, en tanto, comprende entre 1973 y 1987, época de dictadura y, por lo tanto, de intervención y represión.

La escultura, entonces, por medio de exponentes como Carlos Leppe, Mario Irarrázabal, Luis Montes y Gonzalo Díaz, hizo referencia a la violencia, la desaparición y los abusos de la autoridad con trabajos entre los que se cuentan «Incomunicación» (Montes), una serie de cabezas metálicas que simbolizan la tortura; «Lonquén 10 años» (Díaz), instalación conformada por marcos, lámparas, repisas y vasos con agua, que alude al primer caso de detenidos desaparecidos; y «Suba no más y experimente el vértigo del poder» (Irarrázabal), consistente en unas figuras humanas sin cabeza y formalmente ataviadas que exhiben su superioridad sobre una tarima.

La última fase se extiende entre 1990 y 2005, y entre sus representantes se cuentan Cristián Salineros, Francisca Núñez, Pablo Rivera y Patrick Hamilton. El periodo se caracteriza por la transición en el poder, la recuperación democrática y la consagración del modelo neoliberal.

En la escultura, según afirma Mauricio Bravo, «se instaló la crítica a este programa (el neoliberalismo), que presentó al nuevo Chile como una postal, como un producto». Entre las obras que agrupa este segmento, «Escape al paraíso», de Patrick Hamilton, parece justificarse completamente en ese cuestionamiento al extremo consumo: corresponde a una instalación compuesta por escudos para soldar convertidos en cajas de luz que muestran paisajes típicamente turísticos.

Además de las obras, la muestra incluye una pantalla gigante en la que se proyectan esculturas emplazadas en el espacio público entre 1960 y el 2000, y elaboradas por artistas como Marta Colvin, Federico Assler, Raúl Zurita, Ángela Ramírez y Carolina Ruff.

M

- 3 El salvador (1970), Francisco Brugnoli.
- 4 Cuerpos blandos (1969), Juan Pablo Langlois.

